

RESEÑA

RAMÓN YZQUIERDO PEIRÓ (ED.),

O PANTEÓN REAL DE COMPOSTELA,

Santiago de Compostela, Fundación Catedral de Santiago, 2024, 202 págs.
ISBN: 978-84-09-58817-6

POR

MARÍA CARRIÓN LONGARELA

*Investigadora predoctoral FPU, Universidad de Santiago de Compostela.
Historiadora del Arte*

Copyright: © 2025 CSIC. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Dentro del discurso expositivo del Museo Catedral de Santiago, en la Capilla de las Reliquias se disponen reubicados y modificados los túmulos que conforman el Panteón Real. Con su fortuna oscurecida por la fábrica románica de la catedral y las piezas de la escuela del Maestro Mateo, esta publicación a cargo del director técnico del Museo, Ramón Yzquierdo Peiró, pretende dar a conocer al gran público estas piezas un tanto olvidadas. El volumen, de edición bilingüe en gallego y castellano, forma parte del proyecto: O panteón Real de Compostela: A Alianza do Regnum e o Sacerdotium para a configuración dun Templo Nacional, desarrollado en el marco de la convocatoria de Premios sobre el Reino Medieval de Galicia de la Diputación de Coruña. Además de esta publicación, el Museo ha desarrollado un proyecto museográfico para este espacio, así como un programa educativo y diversos contenidos audiovisuales accesibles en la red. La línea temática entre la auctoritas-potestas, es decir, las relaciones entre cabildo y monarquía, sirve de eje conductor a través de los diferentes capítulos, redactados por varios investigadores y el personal del Museo.

El contenido se articula en cuatro capítulos dedicados desde una introducción genealógica inicial a cargo de Anselmo López, hacia el núcleo del libro, dedicado a las relaciones monarquía-poder episcopal, contribución de Yzquierdo Peiró. Tras este capítulo que aborda lo que rodea a las piezas, Mónica Rey las emplea como documento de análisis y estudia en detalle la indumentaria de los bultos yacentes del panteón. Por último, el discurso se dirige hacia el espacio que alberga las esculturas hoy: la Capilla de las Reliquias de la catedral, trabajo de Laura Codesido. Finalmente, un último apartado se dedica a las fichas extendidas de catálogo de cada una de las sepulturas conservadas. Ello unido a la maquetación de la edición, con abundantes detalles e imágenes a todo color, proporcionan a la publicación el carácter de catálogo de exposición, conveniente para tratar de poner en valor una sección del contenido de la colección del museo.

Los problemas al enfocar el panteón compostelano son numerosos, comenzando por la desubicación de este, movido en 1535 del transepto norte -en el que actualmente se localiza la actual capilla de Santa Catalina- a la Clastra Nova, donde hoy se encuentran. Asimismo, este espacio ha sufrido diversas modificaciones que también han afectado a los enterramientos regios, caso del incendio de 1921. Sin embargo, ya desde sus orígenes, el denominado panteón real plantea interrogantes y desde luego manifiesta asincronías y destacadas discontinuidades que siguen complicando aún hoy su estudio y suponen una gran dificultad, tanto a la hora de fechar algunos túmulos, como de dilucidar las identidades de los personajes allí efigiados.

La introducción genealógico-histórica introduce al lector en las vicisitudes de la Era Compostelana poniéndola en relación con el contexto general del medievo desde el siglo XI hasta la llegada de Alfonso X, continuando el discurso en el siglo XIV, obedeciendo a la discontinuidad del panteón, interrumpido tras el reinado de Alfonso VIII (†1230) y retomado por el enterramiento de doña Juana de Castro (†1374). Esta última cronología corresponde al periodo de la dinastía Trastámara, cuando el territorio gallego, y en particular su panorama artístico, quedó al margen de los núcleos de poder. Con esta introducción se evidencia que algunos protagonistas de la casa de Borgoña, benefactores destacados de la sede compostelana, como doña Urraca o su hijo el monarca Alfonso VII, coronado en 1111 en la misma, son importantes ausencias, cuyo prestigio, no obstante, ha acompañado igualmente la historia del panteón.

De la historia de los habitantes y promotores del panteón, Yzquierdo aborda los datos históricos del complejo, del espacio destinado a las sepulturas y sus avatares durante el periodo medieval, repasando con ello la construcción de la catedral desde sus inicios bajo los auspicios del monarca asturiano

Alfonso II. El punto de partida del enfoque aplicado parte del recorrido histórico de los monarcas y los prelados que hicieron posible tal espacio y se va dirigiendo al lector hacia la construcción de los sepulcros. Se pone de manifiesto la estrecha relación entre el arzobispo Gelmírez y el conde Raimundo de Borgoña, aunque no rey, el que inicia la estirpe, e igualmente el primero de los suyos en expresar la voluntad de inhumarse en la sede compostelana.

Aun así, la denominación de panteón real, entendiéndola como un espacio reservado para dar sepultura a los miembros de una dinastía, no casa con los propósitos del conde; pues este se haría enterrar en un espacio porticado en un sepulcro muy diferente a la tipología de yacentes en el lado norte del crucero. Fue Fernando II el que concedió a la catedral entre otros derechos, los de sepultura regia, y el que da comienzo propiamente al panteón, si bien, completando aportaciones anteriores Yzquierdo Peiró plantea como posible emplazamiento, pensado, pero no llevado a cabo, la cripta del Pórtico de la Gloria, con la conexión escatológica apropiada para un lugar funerario. Aun así, la figura del Maestro Mateo aparece igualmente ligada a la institucionalización de esta Capella dos Reis, de los últimos objetivos del maestro (pág. 60).

Después de su fundación, según Yzquierdo en 1211, cuando fue consagrada la catedral, otra fecha determinante para el recorrido del panteón regio fue el traslado de 1535, con un consiguiente desorden y descalabro del conjunto que dejó a los sepulcros desprotegidos, sufriendo un nuevo reordenamiento en 1624. Durante estas sucesivas fases, la memoria pétrea de los monarcas se fue construyendo, pero también destruyendo, pues, junto a los yacentes, en el traslado se llevaron unos restos que acabaron cubiertos por laudas llanas con cruces, que hoy, ocultas bajo el pavimento no se conservan más que en la memoria y el texto. Pero la mayor pérdida es sin duda la de los nombres e identidades de los finados. Las yacentes femeninas quedan esclarecidas como la reina Berenguela, esposa de Alfonso VII y Juana de Castro, cuyo sepulcro es exento y de cronología muy diferente a la casa de Borgoña. Sin embargo, la identificación que suscita más dudas es la del sepulcro atribuido tradicionalmente a Raimundo de Borgoña. En esta publicación se subraya la posible identidad del yacente, imberbe, vestido a la moda de inicios del XIII como el infante Fernando Alfonso, fallecido en plena juventud. Los diferentes capítulos sustentan esta propuesta que ya hiciera Moralejo, y que otros elementos como la indumentaria ayudan a refrendar, sin embargo, se opta por la cautela y las referencias a la pieza mantienen la atribución tradicional a Raimundo de Borgoña.

Otra problemática identificación es la de los túmulos de Alfonso VIII y Fernando II, dilucidada por Moralejo, intercambiando los sepulcros de atribución, en función de su morfología, asignando el más arcaico en términos formales a Alfonso VIII y el más naturalista, cercano al taller del Maestro Mateo, al de su padre, Fernando II. Desde la indumentaria a las características formales, todo parece apuntar a que las figuras de los yacentes fueron concepción del siglo XIII y no anteriores, por tanto, el túmulo de la de la reina Berenguela, fallecida anteriormente, sería concebido a posteriori, a voluntad de sus descendientes. Con esta datación la hipótesis que se propone es que los túmulos fueron fruto del trabajo de un taller de órbita mateana durante la primera mitad del siglo XIII. Como se pone de manifiesto en el capítulo dedicado a la indumentaria, cualquier afirmación en base a lo estilístico es limitada y cabe prestar atención precisamente a esa restricción, pues no es baladí recordar que se pueden dar anacronismos deliberados más todavía en espacios de memoria, como sucede en la capilla funeraria del canciller Pedro López de Ayala (†1407) en el monasterio de Quejana, intencionalmente arcaica.

Sin perder de vista los orígenes, el apartado cuarto induce a plantear el panteón dentro del espacio que actualmente ocupa, la Capilla de las Reliquias. Este recorrido histórico-artístico por el relicario se despegue de las figuras de los monarcas para describir desde un enfoque formal las piezas que comparten capilla con los túmulos reales, igualmente vinculadas a donaciones en muchos casos procedentes de miembros de la monarquía desde los mismos inicios del fenómeno jacobeo. Se hace hincapié en las reliquias y su valor simbólico y tangible, aportando desde esta perspectiva otros elementos que añaden valor al conjunto. En definitiva, otra cuestión que subyace al contenido de este último capítulo y también es manifiesto en las fichas del catálogo, es la disparidad de cronologías de las piezas y cómo todas estas configuran un complejo fragmentado y misceláneo.

Como se ha mencionado, los sepulcros que disponen el actual panteón presentan una línea genealógica con señaladas ausencias, ya sea de personajes de la dinastía no enterrados en la sede compostelana, como de túmulos originales, caso del de Raimundo de Borgoña. Gracias a la constante invención y reinvención de piezas y ubicaciones, cuyo último sepulcro añadido es el yacente historicista de Pedro Froilaz, realizado por Máximo Magariños, el complejo que hoy contemplamos se trata de un palimpsesto. Por tanto, el discurso contemporáneo expositivo y museográfico del “Panteón Real” dista mucho de lo que habría sido en sus orígenes. El túmulo exento de la reina efímera Juana de Castro, como indican la ficha del catálogo, pudo proceder de una capilla funeraria familiar de los Castro situada bajo el leediro del coro mateano y acabar engrosando el conjunto regio anterior, aun cuando las ligazones tanto cronológicas como dinásticas con los otros personajes allí enterrados son lejanas. Parece incluso que la única relación con el resto de los yacentes de esa nueva ubicación sea su condición regia.

Con esta publicación se expone un panorama completo del panteón regio que abarca desde sus orígenes a la contemporaneidad, considerando las diferentes fases de la catedral compostelana que fue evolucionando y con ella, la ubicación de los túmulos dedicados a la memoria de una dinastía vinculada simbólica y políticamente a Compostela. Los argumentos toman como base la historiografía anterior sobre el tema, considerando sus diferentes aportaciones y avanzando en el conocimiento de este conjunto. Cuidadosamente documentado y con amplias referencias dispuestas en las notas, con esta propuesta en clave museística se indaga en un espacio expositivo que continúa planteando incógnitas y que cabría seguir explorando desde el punto de vista de los discursos de la memoria y de la imagen.